

P r e s e n t a c i ó n

Con demasiada frecuencia nos vemos sorprendidos por los titulares de los diarios que describen diversos episodios de violencia y conflicto en nuestras escuelas e institutos, sobre todo en nuestros institutos. Casi siempre tales noticias se quedan en la anécdota, más o menos llamativa o terrible, de tal o cual agresión hacia los locales de un centro de enseñanza o, en los casos más graves, hacia algún profesor o compañero de aula; y casi en la totalidad de los casos, tales agresiones acabarán en expediente para algún alumno. Si seguimos leyendo, será altamente probable que el escenario del conflicto se encuentre en algún instituto público de un barrio periférico de una populosa ciudad y no es raro que el cronista relate la historia en clave de víctimas y verdugos.

A pesar de que parece constatarse un aumento del clima de conflicto en nuestras aulas, no somos pocos los que pensamos que quizá se sobredimensiona el problema. Cuando se miran con detalle muchos de estos conflictos es fácil que nos encontremos con que la acción que desencadena la disputa no pasa de algún insulto fuerte, gritos, empujones, un corte o un ojo morado.

Sin quitarle importancia a estas acciones, entendemos que se hace necesario mirar con un poco más de perspectiva el problema, tratar de reflexionar sobre algunas de las que podrían ser claves para entender el fenómeno y buscar vías de solución más creativas y menos penalizadoras de las que solemos ofrecer, en definitiva, soluciones más educativas.

Muchos profesores, que cotidianamente tienen que “bregar” con conflictos de diversa intensidad en sus aulas nos manifiestan sus temores y sus justificadas quejas: nos faltan recursos, formación, son demasiados alumnos, la administración... Sin embargo, a la hora de dar respuesta a los conflictos que se ocasionan en la vida cotidiana de la clase, lo más común es que se ponga la atención casi exclusivamente en aquellos conflictos que se centran en el alumnado, bien sean conflictos profesor-alumno, o confrontaciones entre iguales y, por otra parte, en las actuaciones que se emprenden parecería que la única responsabilidad del problema es de un alumno (o grupo de alumnos) particular.

Así las cosas, no parece éste un asunto sencillo e intuimos que esconde resortes que van más allá de las anécdotas concretas y que se enraízan en algunas de las que nos parecen cuestiones fundamentales: ¿pueden entenderse los problemas de la institución escolar al margen de la estructura social de la que forma parte?, ¿para quién está pensado este sistema escolar?,

¿cuál es la función social de la actual enseñanza secundaria?, ¿los profesores deben ser educadores o instructores?, ¿cómo conjugar el *derecho* universal a la educación con la escolarización *obligatoria*?

Y con todas estas cuestiones en la mochila surge este monográfico *La escuela en conflicto*. El título ya avanza algo de su contenido y, como bien comprenderá el lector, este juego de palabras no es neutral —como no puede ser de otro modo, entendemos, si nos referimos a los aspectos sociales de la educación—. En estas páginas, diferentes autores nos plantean elementos para la reflexión y el debate en torno a la situación actual de la institución escolar y las actuaciones frente a sus diversos conflictos.

Independientemente de la perspectiva en la que nos situemos, lo que sí parece claro es que el conflicto en nuestras escuelas es un tema que nos ocupa y nos preocupa a todos los que, desde diversos ámbitos, nos sentimos implicados en esta difícil tarea de educar.

Amparo Caballero